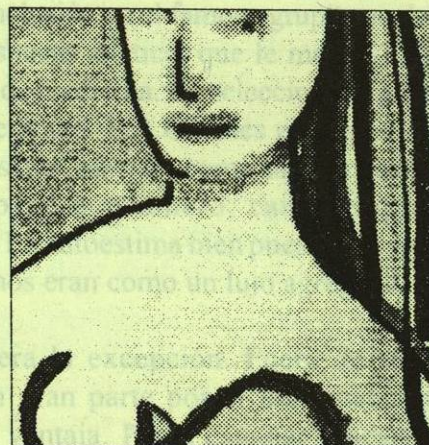


La noche anterior, mientras tu marido dormía, hubieses querido golpearlo. ¡Si pudieras verlo ahora! Deshecho en llanto, derrotado. No se parece nada al macho que te pendejeaba.

Cuando se enteren tus amigas no podrán creerlo; llorarán mucho, pero una más que todas. Sí, la que te dio la "receta", esa receta que te encontró el médico de urgencias en el brasier. Ese papelito doblado que ahora está mostrando a ese pobre viudo, al que palmea en el hombro...

Pero no te preocupes, el pobre se portará como todo un hombre. Nunca dirá que lo que hiciste fue una pendejada, porque según el dictamen médico, tú ni siquiera estabas embarazada.

## LOTERÍA DE SEÑORAS



La noche anterior, mientras tu marido dormía, hubieras querido golpearlo. Si pudieras verlo ahora! Deshecho en llanto, derrotado. No se parece nada al macho que te dependía.

#### LOTERIA DE SEÑORAS

Cuando se enteran tus amigas no pueden creerlo: llorarán mucho, pero una más que todas. Si la que te dio la "receta", esa receta que te encontró al médico de urgencias en el brasero. Ese papito doblado que ella te mostró a ese pobre viudo, al que que paima en el hombro.

Pero no te preocupes, el pobre se portará como todo un hombre. Nunca dijo nada que te hiciera enojada, porque según el dictamen, tú ni siquiera estás embarazada.



GOZÓ DEL PRIVILEGIO de pertenecer al grupo de los Galanes. Su inclusión en el famoso grupito se debió en gran parte a su aspecto atlético, que le mereció desde la inscripción en la facultad de medicina, ser seleccionado para el equipo Víboras de fútbol americano. Los Galanes eran, por supuesto, tipos muy bien parecidos que, además, como suele suceder, tenían otras cosas en común: papá con dinero, carro propio y una generosa mensualidad. La autoestima bien puesta y la seguridad que sentían sobre sí mismos eran como un lujo agregado.

Luis era la excepción. Fuera de sus atributos físicos, heredados en gran parte por el lado materno, no contaba con ninguna otra ventaja. Podía estudiar gracias a una beca que la empresa del vidrio, donde trabajaba su padre, otorgaba al primogénito de cada empleado; en el bolsillo sólo traía lo necesario para cubrir los pasajes de los cuatro camiones urbanos que utilizaba en sus trayectos de la casa a la facultad. A sus amigos, los riquillos, esto no parecía importarles; a las muchachas, sí. Al principio lo asediaban para conquistarlo, pero una vez que descubrían que no sólo no tenía carro, sino que ni siquiera sabía conducir, una por una se iban alejando para enlazar el brazo de otro que les conviniera. Eso a él no le sorprendía, ni siquiera se

sentía ofendido; simplemente aceptaba su condición de desventaja. No obstante, su inseguridad disimulada parecía ir prendida de los hilvanes que apenas podían sostener el último centímetro de bastilla de sus pantalones viejos y relavados.

Su única novia, después de dos años de tratarse, le salió con la ocurrencia de que había sentido “un fuerte llamado a la vocación religiosa”; así que de pronto su rival ya no fue el dinero, sino el propio Jesucristo. Con el tiempo sólo quedaron muchos suspiros y varios cientos de kilómetros de distancia entre él y su monjita quien, con los indígenas chamulas y en la selva de Chiapas, se encontraba como pez en el agua.

Un jueves por la tarde, a la salida de las prácticas de anatomía, Alejandro Meraz, el hijo mayor del *non plus ultra* de cardiología en Nuevo León, lo invitó a pasar el fin de semana en la finca familiar. Además de no aceptar ningún pretexto que significara un rechazo, a Luis le extrañó que Alejandro le recomendara vestirse con lo mejorcito que tuviera. El punto de reunión sería la esquina de Salvatierra con Calzada a las 4:00 de la tarde.

Con su ropa dominguera y perfectamente rasurado e impecable, Luis oyó en el lugar convenido los bocinazos y el freno del Mustang negro; distinguió tres cabezas conocidas que, al verlo tan bien arreglado y de puro relajado, le silbaron como a las señoritas. El automóvil se dirigió rumbo al Obispado y en una calle empinada paró a recoger a otro de los amigos. En unos minutos tomaron Constitución para continuar hasta la colonia Del Valle. Después de atravesar varias calles con nombres de ríos por el lado poniente de la colonia, estacionaron el auto deportivo frente a una residencia estilo californiano. Luis pensó que recogerían a algún otro compañero, pero Alejandro les pidió que lo siguieran a pie una cuadra más adelante. Cuando le preguntaron por qué dejaba el carro allí, él sólo les contestó: –Ya verán... ya verán...

Llegaron hasta una casa que parecía muy grande y se introdujeron por la puerta de servicio que los condujo directamente a una amplia y bien equipada cocina. Alejandro se asomó por la ventanilla de la puerta que daba al comedor, donde un grupo de señoras fumaban y jugaban a la lotería. Una señora de cabello color violín se volteó hacia él al oír unos toques y le guiñó un ojo. Al entrar a la cocina, la mujer observó complacida al grupo de jóvenes que aún no cumplían siquiera los veintidós años. Ni un pero podía ponerle a ninguno: cara, complexión y personalidad; hasta parecían sacados de una revista: –¡Lotería, muchachas! –les gritó a las demás. Dio indicaciones a Alejandro al oído y se fue al comedor a aplacar los ánimos de sus amigas que empezaron a provocar un alboroto no muy conveniente. Por su parte el líder de los jóvenes les hizo una seña y los sacó hacia la calle.

–Oye, Meraz, ¿qué esa señora no es tu tía? –fue lo primero que preguntó Raúl, el güero al que todos apodaban Redford.

–Sí, pero cállate la bocota –le contestó nervioso.

–Mínimo explícanos este reverendo desmadre, ¿no crees? –interrogó el Rabino, un muchacho de ascendencia judía, bastante atractivo.

–No se me raje ninguno. A estas señoras les vamos a hacer un “favorcito” y ellas nos lo van a pagar muy bien. Este dinero te va caer de perlas –por el retrovisor se dirigió hacia la parte trasera del carro–, ¿verdad Luis?

El muchacho, sorprendido, no acertó a contestar.

–Oye, con el perdón de tu tía, pero ¿no crees que están muy rucas? –volvió a preguntar el Redford.

—No seas bruto, ninguna llega a los cuarenta y cinco, y además la experiencia de estas rucas, como tú dices, no se cambia ni por dos rubias de veinte años.

Treinta y cinco minutos de trayecto por la Carretera Nacional, con tramos de cien a ciento veinte kilómetros o más por hora. El Mustang se mantuvo a prudente distancia de la camioneta Country Sedan hasta el retorno, que los llevó a un camino de terracería donde muy pronto se dejaron ver varias casas de campo. Una barda blanca con un portón negro era el destino final.

Una de las señoras se bajó de la camioneta para abrir el candado. Aparentemente la quinta estaba desierta. Cinco mujeres y cinco muchachos. La tía de Alejandro chocó fuertemente las palmas de las manos y con ese gesto dio inicio a un jueguito en el que no cabía ninguna duda quiénes llevarían la iniciativa.

Una mujer bajita, de pelo recogido, rápidamente atrapó al Redford y le dijo: —Tú te vienes conmigo. Las demás soltaron la carcajada por el doble sentido y buscaron miradas entre los jóvenes para seleccionar su pareja. Luis inconscientemente dio unos pasos hacia atrás como para ocultarse, pero cuando reaccionó, vio que la mujer que estaba frente a él —nada menos que la tía de Alejandro— se aferraba a su hombro y le decía: —Desde que te vi en la cocina, me subyugaste.

—.....

—Pero, ¿qué te pasa? Pareces un conejito asustado. Lo único que vamos a hacer es divertirnos. ¿A poco no quieres?

El muchacho iba a contestar cuando se dio cuenta de que se habían quedado solos.

—Ya ves, por ser tan tímido ya nos ganaron. ¡Ni modo! No hay más lugar en la casa, así que nos vamos al carro. ¡Ven, vamos! Muy romántico, ¿no crees?

Hasta ese momento Luis no había podido articular palabra. Se dejó llevar de la mano hacia el Mustang y la mujer lo recargó en la puerta delantera. Burlonamente le pellizcó la mejilla: —¿No me digas que me tocó un mudito?

Por fin, Luis contestó un no, que más parecía un sí.

—No te preocupes cariño, si quieres primero rompemos el hielo. ¿Cómo te llamas?

—Luis Alfonso.

—Muy bien, Luisito, y ¿tienes novia?

—Ya no.

—¿Qué pasó? ¿Por qué terminaron?

—Porque se fue de religiosa.

—¿De qué?

—De monja.

—¡No me digas! ¿Y por qué le gustó eso?

—Siempre le atrajo todo lo de las misiones y esas cosas de la Iglesia.

—¡Mira nada más qué linda niña!

—¿Y no me digas que por eso estás así de serio y calladito?  
—la mujer empezó a jugar con la camisa del muchacho con la intención de sacarla del ajustado cinturón.

—Pero, cuéntame, ¿cómo se despidieron? —insistió ella.

—Pues nada más nos dijimos adiós —contestó el muchacho que se sentía cada vez más incómodo.

—¿Así nomás?

—Sí.

—¿A poco eres muy respetuoso? —le preguntó la mujer en tono burlón.

—Pues más o menos.

Luis se puso tenso al ver que la señora acariciaba los vellos de su pecho. Sentía su cara cada vez más cerca. En ese momento lo único que se le ocurrió fue decirle que tenía sed.

—Oye, de veras, ¡qué desatenta! —reaccionó la mujer—. Ni siquiera te he ofrecido algo de beber. Espérame tantito, ahora vuelvo. Tenemos de todo, ¿prefieres una cerveza?

—Luis asintió con la cabeza.

\*\*\*

EL CONSULTORIO FORMABA PARTE de un moderno y funcional centro médico situado al lado de un prestigioso hospital. La puerta se abrió. La placa dorada con letras clásicas decía: *Dr. Luis Alfonso González Martínez. Cirujano Pediatra*. Dos mujeres entraron; una,

la más joven, con un niño en brazos, se presentó a la secretaria y pocos minutos más tarde pasaron directamente al privado del especialista.

El doctor las recibió amablemente y empezó a bromear con el chiquito de apenas unos meses de edad. Después de acostarlo boca arriba sobre una base acolchonada, se dispuso a examinar con cuidado su pequeño vientre y después de varios movimientos observó satisfecho:

—¡Perfecto! La cicatrización va excelente. Muy pronto ni siquiera se notará.

—Doctor, tengo la impresión de haberlo visto en alguna parte —interrumpió la mujer mayor, presentada minutos antes como la abuela del bebé.

—El doctor dirigió la vista hacia ella y frunció el ceño buscando reconocer a alguien.

—¿Dónde... dónde lo he visto...? —insistió la señora con una terquedad que luego tendría tiempo de calificar como estúpida.

En unos segundos, el escrutinio visual del doctor trasladó su memoria a varios años atrás. Recordó la famosa huida que sirvió para demostrar por qué era considerado, en ese entonces, como uno de los mejores corredores del equipo Víboras. Recordó las continuas burlas de sus amigos, las decenas de veces en que lo llamaron maricón, y lo difícil que le fue hacer olvidar a Alejandro el insulto de haber plantado a su tía en plena quinta.

La señora tenía por lo menos unos quince kilos de más y los últimos diez años habían dejado huellas ingratas en esa cara maquillada que empezó a sonrojarse visiblemente al reconocerlo.

Su primera reacción fue ponerse la mano sobre la boca como queriendo ahogar su expresión de sorpresa y, a la vez, de angustia.

Por su parte, el ahora afamado médico, como si su lengua de pronto se hubiera convertido en un afilado bisturí, contestó:

—Disculpe pero la verdad no recuerdo haberla visto antes. ¿Cómo puede creer que habría olvidado a una señora tan respetable y tan decente como usted?

## LA SEÑORITA ROCÍO

